

# EL RELÁMPAGO INMÓVIL DE PEDRO GARCÍA MONTALVO O EL TRIUNFO DEL AMOR SOBRE TODAS LAS COSAS

PASCUAL GARCÍA

## Resumen:

En la última novela de Pedro García Montalvo, *El relámpago inmóvil*, torna el autor al viejo enfrentamiento entre el bien y la maldad, entre el odio y el amor en una compleja reflexión acerca de los sentimientos y de las pasiones, que a lo largo del relato van modificando las actuaciones de los personajes hasta conducirlos a un final apasionante y sorprendente, en el que no falta el suspense y una carga moral incuestionable, pues en esta encarnizada lucha entre los opuestos, tan propia de la narrativa del escritor murciano, los lectores no sabremos su término hasta la última página.

**Palabras clave:** Amor, narrativa, estilo, desgracia, palabra, matrimonio

## Abstract:

In the latest novel by Pedro García Montalvo, *The motionless lightning*, the author turns to the old confrontation between good and evil, hatred and love in a complex reflection on feelings and passions, which are changing the characters' actions throughout the story until leading them to an exciting and surprising ending, in which there is no lack of suspense and an unquestionable moral burden, because in this bitter struggle between opposites, so characteristic of this writer, readers will not know its end until the last page.

**Keywords:** Love, narrative, style, tragedy, word, marriage

En esta nueva entrega narrativa<sup>1</sup> del escritor murciano Pedro García Montalvo se reanuda, una vez más, la vieja disputa literaria entre el bien necesario, platónico y ancestral y el mal que justifica la esencia paradisíaca, el deseo de conmover los cimientos del mundo, la voluntad de contradecir el curso natural de las cosas. De ahí el arranque del relato, preciso y hermoso como toda la novela: *El amor no tiene origen, era antes del principio. El odio, en cambio, siempre tiene una causa*<sup>2</sup>. Entre estos dos sentimientos antagónicos, como ya viene siendo habitual en la obra de Montalvo, camina la acción de la novela, que es, además, una formidable indagación en el espíritu humano y el escenario en el que se baten las fuerzas opuestas del odio y del amor, de la sed despiadada de venganza y de la salvación de la pureza de dos almas que no dejan de amarse en toda la obra y luchan contra las potencias enemigas, acechantes y alevosas, oscuras y dispuestas a todo, que representa Cecilio Toval, el hombre decidido a causar la ruina de la familia Salazar, a llevar a cabo un ajuste de cuentas por la actuación del padre de Adrián, el senador Mateo Salazar en un tiempo anterior, que ocasiona de un modo indirecto la muerte de su mujer y la locura de su hijo: *El senador, por un sentido estricto de la justicia –que a Toval le parecía implacable, inmisericorde–, había perseguido al más rico de los familiares de Cecilio hasta probar su culpabilidad en un grave delito asociado a una red de inmobiliarias*<sup>3</sup>. La investigación había acarreado graves consecuencias para la familia y Toval había determinado desde entonces poner en marcha un mecanismo a modo de complot hasta obtener la revancha absoluta.

*El relámpago inmóvil* se inicia *in medias res* como ya había sucedido en *Las luces del día* o en el cuento *El hotel de las Termas*. En los tres casos, lo más grave y decisivo del libro ya ha sucedido cuando da comienzo el relato. A don Carlos Humberto y a doña María ya se les ha muerto su hijo y se hallan en el balneario de Archena en una suerte de convalecencia sentimental. En el caso de Antonio Zulueta, toda la novela no es más que un largo lamento por la muerte circunstancial y trágica de su sobrina con la que había mantenido una relación amorosa. También ahora, en este relato, nos enteramos muy pronto de que las hijas de Adrián e Inma han muerto víctimas de un alud de nieve en la sierra y de que el matrimonio está pasando por sus peores momentos a consecuencia de esta terrible tragedia.

Pedro García Montalvo, con su habilidad natural para concebir una estructura narrativa que se acomode a la idea última de la fábula, comienza la misma con una escena que nos sitúa en un día del verano anterior en el que el matrimonio y las hijas disfrutaban de una mañana de lluvia mientras pasean por la Plaza Mayor de Madrid: *Los cuatro sintieron la dicha de estar juntos allí, en el centro del gran recinto bajo el cielo plomizo, protegidos del cielo borrascoso. La lluvia, de pronto, comenzó a arrear*<sup>4</sup>. En unas pocas páginas felices, casi edénicas descubrimos la advertencia

---

<sup>1</sup> GARCÍA MONTALVO, Pedro, *El relámpago inmóvil*, Barcelona, Destino 2009

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 9.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 18

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 15

de lo que más tarde sucederá sin duda. Tanta dicha en el comienzo del libro sólo puede augurar un signo aciago oculto, que el lector avisado no pasa por alto, aunque muy pronto descubrimos lo que ya será el motivo recurrente de toda la narración, el lamento continuado y patético de unos padres que arrostran la ausencia de Cheli y de María, las dos niñas, cuyo vacío estará presente de forma paradójica a lo largo de toda la novela.

Ni siquiera este hecho luctuoso y desgraciado calma a Toval, sus ansias enfermizas de revancha, pese a que constituye una suerte de alivio en su pasión desenfrenada por causar el mayor daño posible en la familia. Para el hombre la muerte de las niñas despierta su piedad en alguna medida, pero no anula del todo su obsesión por acabar con su enemigo a cualquier coste: *Debería asestar ahora un golpe de gracia, por una cuestión de principios... Las niñas han muerto. No lo quise ni lo busqué yo. Pero ellos y sus haciendas siguen en pie*<sup>5</sup>.

El anhelo de vendetta no cesa en todo el relato y constituye el motor que empuja la acción novelesca y está punto de destrozar a la pareja protagonista, sumida en la depresión y en el desánimo, que tanto recuerda a Zulueta y al matrimonio de *El hotel de las Termas*. Pedro García Montalvo es un maestro en la expresión contenida, sobria y pormenorizada de una tristeza profunda y vasta, que va desgranando de un modo inteligente a lo largo de la fábula, pues todo en ella alude a las niñas y a su muerte, y Adrián e Inma parecen habitar un túnel siniestro e interminable que los conduce hacia ninguna parte: *Ese silencio era como si dijéramos, sin querer: "No están las niñas. No están las niñas... Nos lo repetíamos, callados, una y otra vez"*<sup>6</sup>. En realidad, se trata de un naufragio cuyas consecuencias fatales aguarda el lector en cada página. Tal vez por esto estamos ante la narración más intensa de toda la obra del escritor murciano, cuya pareja protagonista se halla instalada en una permanente crisis y hostigada por fuerzas invisibles y enemigas que pretenden destruirla en cualquier momento.

Cecilio Toval, en efecto, no se conforma con la desgracia de Cheli y María y persiste en su búsqueda por hallar motivos nuevos que acaben con la felicidad del matrimonio, con su última esperanza de recuperación, pues de un modo consecuente a ese proceso de hundimiento emocional en el que vemos sumirse a la pareja, Pedro García Montalvo va dejando detalles a lo largo de la narración que preludian algún atisbo positivo: *Hay una cosa, no sé, algo humoso, que se salva en todo esto, o yo quiero pensarlo así... Y es que, por los pocos años de las niñas, todos los recuerdos son buenos, todas las cosas recordadas se han hecho hermosas...*<sup>7</sup>. En algún momento incluso se asegura una regeneración a medio plazo que concede algún margen de confianza al matrimonio y sitúa a la novela en el momento más álgido, mientras Adrián e Inma se alejan poco a poco de ese *relámpago inmóvil* que

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 66

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 31

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 50

con tanta exactitud poética define el clima sentimental de la novela: *Esperando que cese el fulgor de ese relámpago inmóvil que los atenaza, un relámpago quieto que los ciega para otra cosa que no sea su terrible luz, y en cuyo interior su vida parece detenida, pasmada*<sup>8</sup>.

La primavera trae a la pareja nuevos síntomas de una vitalidad tan deseada como inevitable e Inma experimenta la confianza de que todo va a ir mejor de allí en adelante y de que los esposos superarán el mal momento por el que están pasando: *Algo ha cambiado en mí, algo muy hondo, desde hace unas semanas... Ya le dije una vez a Adrián que estaba segura de que la primavera nos ayudaría*<sup>9</sup>. De nuevo es la mujer el elemento más fuerte de la pareja y quien sostiene al hombre tan delicadamente como suele.

Pero en las palabras y en la actitud de Cecilio Toval se evidencian inminentes nubarrones negros sobre la vida de la pareja. El conflicto central de la novela está a punto de dar comienzo y lo que en principio vaticinaba una época optimista va tornándose en otro nudo tormentoso. Es en ese instante cuando entra en escena Paquín, una de esas criaturas secundarias y sin brillo de las obras de Montalvo que juegan un papel de cierta importancia en sus tramas, pues pueden modificar las voluntades y cambiar el curso de las vidas que los rodean.

Paquín tiene acceso a una foto en la que puede verse a Adrián y a Gemma, sobrina de Toval y antigua amiga del protagonista, cogidos de la mano en una fiesta de Nochevieja contra un escenario en el que se observa la fecha del año 2003. Esto no tendría la mayor importancia, si no fuera porque aquella noche, cuando Adrián regresa a casa y encuentra a su esposa enfadada por su tardanza y su salida, le jura por sus hijas, ya muertas, que no ha visto a Gemma y que no ha estado con ella. Inma acepta sus explicaciones, pero le advierte que si la ha engañado y llega a descubrirlo alguna vez, su vida carecerá de sentido.

Es en esta encrucijada en la que el lector se imagina ya el poder destructivo de Cecilio Toval, su proyecto de venganza sobre los esposos y toda la familia Salazar: *Parecía que leía en unas líneas una carta astral, el futuro de esa odiada familia, un futuro que él tenía ahora, acaso, en sus manos*<sup>10</sup>. El vigor del amor y el afán de represalia, originada en el odio más profundo, aquél que afecta a nuestras fibras más íntimas juegan una partida peligrosa en este relato en el que el autor demuestra sus extraordinarias dotes para analizar el comportamiento humano y comprender el oscuro territorio de las pasiones más abyectas, como por otro lado ya venía siendo una norma en toda su narrativa desde sus primeros cuentos hasta la novela anterior.

También el profesor Carlos Humberto se conduce en *El Hotel de las Termas* de la muerte imprevista de su hijo joven en extrañas circunstancias, en compañía de

---

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 81

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 104

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 101

su esposa que, con una mayor fortaleza y un comportamiento ejemplar lo escolta en su *vía dolorosa* por los alrededores del río Segura hasta ese final esperanzador, mientras que Antonio Zulueta en *Las luces del día*, culpable indirecto de la muerte de su sobrina Isabel, acaba pagando su pecado en una suerte de extraña persecución metafísica y angustiosa que lo conduce a un infarto de miocardio.

En esta última novela no existen los culpables porque las niñas mueren en un accidente en la montaña, pero asistimos al desarrollo de caracteres trágicos, shakespearianos, en personajes que conciben su existencia con el único propósito de hacer pagar a los otros un crimen del que tal vez no son culpables, mientras el matrimonio va reencontrándose día a día, mediante un proceso de depuración y de catarsis, en el que comprobamos la magnificencia de un escritor de altura, alejado de los elementos literarios espurios y atento sólo a lo esencial de una intensa acción dramática, en la que tampoco falta la presencia del *fatum* como una fuerza que empuja a los personajes y los lleva de un lado para otro a su antojo, o la leyenda de la sociedad madrileña, empeñada en agrandar los hechos, en distorsionarlos y en convertir un encuentro casual en una historia de amor entre Adrián y Gemma, que puede dar al traste con el matrimonio: *Esa noche nos vio alguna gente, había amigos de ella, periodistas, un par de paparazzi; salimos en alguna foto, Gemma me lo contó después, de la que yo no me di cuenta, donde se leía un letrero de luces con la fecha del día, con el año... y ya inventaron lo que quisieron*<sup>11</sup>.

Resulta complicado atravesar las páginas de esta obra sin pagar una cuota alta, una porción de dolor, de rabia y de esperanza también, una mezcla de admiración por el amor de los esposos y de repulsa al odio sin límite de Toval, que no obstante va cediendo conforme avanza la fábula. No estamos, por tanto, ante una novela complaciente, que nos permita pasar el rato, sino ante un escenario humano donde los sentimientos más acendrados y las emociones más extremas se dan cita. Aunque no es Pedro García Montalvo un escritor que guste de excesos, antes al contrario, su templanza, su equilibrio en la expresión agudiza en parte el carácter humano del relato. El dolor de Adrián y de Inma lo compartimos con tanto realismo, pese a que nunca lloran ni manifiestan su desesperación por las niñas y de la misma manera apreciamos su complicidad de amantes y de amigos hasta la última página del libro.

Tampoco el odio de Cecilio Toval constituye un muro infranqueable y perenne, sino que experimenta cambios y admite matices, es una especie de ser vivo que fluye como la vida y como la novela y se modifica con ella: *Ahora tenía la foto de Gemma, y todos los demás papeles, algo en él se había cansado de manera extrema. Su cuerpo y su alma experimentaron una gran fatiga*<sup>12</sup>. Ni siquiera la inminencia de ese castigo que, como un dios, Toval tiene en su mano administrar, le concede la tranquilidad absoluta de su ánimo. Tan honda es su herida que no puede per-

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 145

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 279

mitirse ni un minuto de compasión por las niñas muertas y por los padres hundidos en la melancolía y en la aflicción. El ansia de venganza de Toval no parece humana y no tiene fin, debe seguir adelante a pesar de todo y debe cumplirse contra cualquier otra contingencia.

Esas dos líneas argumentales traspasan el relato de punta a punta y lo elevan hasta una categoría excelsa, hasta las esferas propias de la tragedia griega, sin que nada en el estilo de Montalvo resulte ampuloso o falso. La naturalidad de los diálogos, la precisión de las descripciones y las reflexiones oportunas del narrador otorgan a la novela un carácter de acción vivida, de cercanía con los personajes, aboliendo de ese modo la distancia forzosa entre el lector y las criaturas narrativas.

Toda la ficción está presidida por una serie continua de signos climatológicos y paisajísticos que preludian en cada momento un desenlace infausto o vaticinan alguna suerte de asechanza: *Sobre la capital, en el centro del firmamento nublado, con leves turbulencias, pero poco movido, viajaba con rapidez una línea de grandes y enlazadas nubes plomizas*<sup>13</sup>. Al fin y al cabo, los personajes principales se mueven en la cuerda floja, en el borde mismo de un precipicio existencial que les impone el odio, el afán de desquite, el dolor inmenso y la sensación de tragedia. En el otro extremo la pureza de un amor generoso que combate contra el desaliento y contra los fantasmas que lo amenazan.

Otra vez, en la narrativa de Pedro García Montalvo vuelven a desatarse las potencias del mal y del bien, de la oscuridad y de la luz, aunque en este caso apenas si el autor permite un respiro al lector. Estamos ante una novela de casi cuatrocientas páginas que nos lleva en vilo durante toda su lectura, porque desde los primeros párrafos ya imaginamos los peligros que se ciernen sobre los esposos a los que el destino ya ha castigado suficientemente: *Sí-dijo Mateo-. La vida es un regalo, digamos, complicado*<sup>14</sup>.

Las argucias de Cecilio Toval adquieren una dimensión peligrosa cuando, por mediación de Paquín, obtiene las fotografías y una serie de llamadas telefónicas y toma la decisión de utilizarlas contra la pareja, de dar el golpe definitivo que destrozará al matrimonio. Tampoco es éste un proceso maniqueo, porque Toval va matizando su inquina a lo largo de la obra hasta casi el instante en que decide dar el último asalto. Lo mueven la muerte de su esposa y el estado de absoluta postración de uno de sus hijos en un hospital, pero sobre todo es el lado más oscuro de su conciencia, el espacio en sombra y turbio de su espíritu el que de una forma continuada vamos escuchando durante toda la lectura.

El narrador lo ha escrito muy bien, a modo de resumen o de adagio, en el primer párrafo de la novela: *El amor no tiene origen, era antes del principio. El odio,*

<sup>13</sup> *Ibíd.*, p. 16

<sup>14</sup> *Ibíd.*, p. 236

*en cambio, siempre tiene una causa*<sup>15</sup>. Quizás por esta razón y partiendo de esta idea de raíz platónica y esencialmente montalviana, en la lucha entre ambos sentimientos, debe prevalecer sin duda el primero, porque no necesita apoyo alguno, sino que tan sólo existe, a pesar de que en los cuentos y en las novelas del escritor murciano no siempre ha sido así. No podemos olvidar que Luisa Estrada, la protagonista de *Una historia madrileña* muere a manos de su amante en el último capítulo y que Antonio Zulueta sufre un infarto en *Las luces del día*, aunque en los dos casos sus respectivos dramas proceden del amor también.

Sin embargo, entre Adrián e Inma hay una relación madura, cómplice e intensa, que no es fruto de una pasión transitoria y que ha sido fortalecida por el estigma del dolor. Los esposos padecen un personal *via crucis*, que el narrador murciano acierta a contarnos con su prosa más delicada, con su estilo más sutil de artista de la palabra y cirujano de las emociones, sin excesos, con la contención templada de un clásico que se enfrenta a una verdadera tragedia sin aspavientos, con la naturalidad con que la vida despacha ciertos asuntos, sin desdeñar el azar y ese viento tenso del destino, que tantas veces ha soplado en otras obras del novelista.

Las criaturas de Montalvo suelen arrostrar la desventura de una existencia que les pillan en el momento más crítico. A la condesa Ángela de Yeste el siniestro Ignacio Viera intenta engatusarla con falsos peligros sin nombre en un Madrid crepuscular de tabernas sombrías y pestilentes; en una *Una historia madrileña* la desclasada Luisa Estrada, viuda y solitaria, se enfrenta a la mejor sociedad capitalina en una pugna valiente por su libertad y por su independencia; en *Las luces del día* es Antonio Zulueta el que lucha contra su propio drama interior, un terrible sentimiento de culpabilidad y la nostalgia por un amor perdido en circunstancias trágicas. Hasta aquí los héroes y las heroínas de nuestro narrador suelen perder sus litigios o, al menos, no salen bien parados del todo, pero a partir de *Retrato de dos hermanas* y, sobre todo, en este último título que comentamos, los malos presagios del principio van tornándose de un modo paulatino en finales felices. Las hermanas Mízar de la novela anterior logran, en alguna medida, su estabilidad sentimental al cabo de la trama y en *El relámpago inmóvil* ocurre otro tanto, como si el odio, la venganza y el complot que se ha cernido sobre el matrimonio Salazar hayan resultado inútiles contra la poderosa energía de un amor grande y verdadero.

Las últimas páginas resultan trepidantes. Pedro García Montalvo tiene la virtud de ponernos a veces al límite, pues el suspense de sus tramas, un artificio cinematográfico que usa con sabiduría, coloca al lector en situaciones muy tensas y muy emocionantes. Cuando Cecilio decide, al fin, enviar todo lo que ha conseguido contra Adrián al domicilio del matrimonio, el hombre está en Montpellier en un viaje de negocios. Es el momento donde comienza el magnífico final del libro: *Una ruidosa moto se detuvo ante la casa: ya le llegaba su propio mensajero. Cada cual*

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 9

*tiene que atender a su propia tragedia*<sup>16</sup>. Ese pasaje nos recuerda de un modo ineludible, salvadas las distancias de la tecnología y la modernidad, a los antiguos relatos homéricos, en los que el narrador advertía de los peligros en determinadas escenas. Al mismo tiempo, pero a centenares de kilómetros, Adrián recibe una llamada del móvil de Gemma que le informa sobre un plan en contra del matrimonio: *Esa foto... Verás, yo creo que está comprada para Inma. Alguien que os quiere mal, que busca haceros daño*<sup>17</sup>. Es entonces cuando Adrián comprende que su esposa corre peligro, no un peligro concreto, sino la amenaza de algo informe, del pasado que regresa para castigarlo y hacerle daño a su esposa. Recuerda la noche en que juró no haber estado con Gemma y las palabras de Inma, y decide volverse a Madrid lo más rápidamente posible, en su propio coche.

Inma recibe la carta y cuando la abre descubre todo el dolor, la decepción y el daño que encierra: *Se fijó bien en los números del año que aparecía allí: y cerró los ojos unos instantes, moviendo la cabeza, diciéndose: "No puede ser verdad que me suceda ahora esto. No es cierto. No es verdad"*<sup>18</sup>.

A partir de este suceso, el lector aguarda convencido un final violento y luctuoso ante la evidencia de la traición de Adrián: *Todo era verdad. Juró en falso por sus hijas –dijo a media voz*<sup>19</sup>. Mientras Inma va preparando las pastillas que machaca hasta convertirlas en polvo, como si de una ceremonia se tratara, una especie de ceremonia oriental del suicidio, pues utiliza las tazas de té que les había regalado el señor Takemura y lo hace todo sin prisa, sumida en una suerte de lento desvarío, Adrián va acercándose a toda velocidad a Madrid, sabedor de que algo malo puede ocurrirle a su esposa si no llega a tiempo. Sin embargo, Inma resuelve por sí sola su estado de desolación y su deseo de morir; el azar y un golpe de viento le ayudan esparciendo por el aire el polvillo mortal que ya había preparado. En ese instante se da cuenta de que todo no ha acabado aún, de que la vida la está llamando de nuevo: *El deseo de vivir estaba en su manera de ser, en lo más hondo de su alma y de su carne, no era aquél un simple desenlace casual*<sup>20</sup>. Recibe un correo electrónico de su suegro Mateo, que contiene un mensaje de Gemma para Adrián donde la mujer constata que su esposo es inocente: *El destino y el azar la obligaban a ir de un extremo a otro del sentido de su vida, de la verdad de su existencia. De la oscuridad pasaba a la luz, en minutos*<sup>21</sup>. La noche ha sido muy larga y muy intensa, pero a Inma le parece que apenas han transcurrido un par de horas. Todo se ha desvelado al fin, y cuando llega Adrián quedan tan sólo los restos de un incendio pavoroso que no ha conseguido fulminar a la mujer.

La novela no ha terminado aún. Inma pasará unos días en casa de su amiga Nadia, porque los acontecimientos han deteriorado inevitablemente su relación con

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 299

<sup>17</sup> *Ibíd.*, p. 297

<sup>18</sup> *Ibíd.*, p. 300

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 301

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 313

<sup>21</sup> *Ibíd.*, p. 331



su marido. El final es delicioso, sin duda, y muy acertado, pues el lector va comprendiendo que la mujer perdonará a su esposo y lo aceptará de nuevo. El triunfo de la vida y del amor resulta tan natural en estas últimas páginas, como un suceso sacado de la misma realidad. Las palabras de Nadia en el último párrafo culminan una obra soberbia, estremecedora, de un sello clásico y de un estilo transparente, rico, luminoso, en la que las pasiones discurren por los cauces habituales del mundo: *Ahora los veía como en los momentos de su más hondo amor, cuando estaba con ellos la hermosura completa del mundo, y de la vida*<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> *Ibíd.*, p. 357

